

BETWEEN THE SWORD AND THE PENINSULA

Representations of Spain in Mexico and Puerto Rico at the end of the XIX Century

JORGE L. LIZARDI POLLOCK
Universidad Politécnica de Puerto Rico

RÉSUMÉ

En 1898, l'intervention armée des États Unis dans la Caraïbe oblige de nombreux intellectuels à reconsidérer les images de "ce qu'il y a d'espagnol" en Amérique Latine. Leur attachement à soutenir un passé qui légitimerait l'existence et la survie d'entités séparées face au colonialisme culturel que représente l'impérialisme conduit à une hypothèse: dans les dernières décennies du XIX^{ème} siècle, une construction culturelle, une hispanité imaginée, serait demeurée puissante, fortifiée par la peur d'une assimilation marquant le quotidien de la vie publique et privée. Aussi cette construction sera-t-elle manipulée par des groupes de pouvoir et des mouvements d'opinions, au Mexique et à Porto Rico, comme une solution face à l'hégémonie des États Unis sur la région. Les formes représentatives de l'indépendance, de l'annexion, de la subordination ou de l'insubordination devant les intérêts nord-américains sont des conséquences mais aussi des stratégies caribéennes et mexicaines ainsi filtrées à travers la lecture de ces "récupérations" de l'hispanité.

SAMENVATTING

De militaire interventie van de Verenigde Staten in het Caraïbisch gebied in 1898 had ertoe geleid dat vele intellectuelen het Spaans karakter van Latijns-Amerika ter discussie stelden. Het artikel analyseert de culturele werken van degenen die op het einde van de negentiende eeuw het Spaanse verleden contrasteerden met de culturele kolonisatie van het imperialisme. De centrale hypothese is dat gedurende de laatste decennia van de negentiende eeuw het imaginaire Spaanse element sterk aanwezig was ondanks de crisis van het Spaans kolonialisme in Amerika. Dit element werd nog sterker wegens de groeiende vrees voor culturele assimilatie en voor het verlies van de controle op het dagelijkse publieke en private leven. Sindsdien gebruiken groepen van de elite het Spaanse element, als culturele constructie in Mexico en Puerto Rico, om tegenwicht te bieden aan de hegemonie van de Verenigde Staten. Vanuit dit perspectief worden de voorstellen rond onafhankelijkheid, annexatie, onderworpenheid of opstand, die zij het als consequentie of als strategie in het Caraïbisch gebied of Mexico voorkomen, geanalyseerd.

ENTRE LA ESPADA Y LA PENÍNSULA

Representaciones de España en México y Puerto Rico a fines del siglo XIX

JORGE L. LIZARDI POLLOCK
Universidad Politécnica de Puerto Rico

RESUMEN

La intervención armada de los Estados Unidos en el Caribe en 1898 obligó a muchos intelectuales a cuestionar las imágenes de "lo español" en América Latina. Este trabajo tiene por objeto profundizar en las necesidades y preocupaciones de los hacedores de la cultura de fin de siglo, interesados en sostener un pasado que legitimara la existencia y supervivencia de entidades separadas frente al proceso de colonización cultural que representaba el imperialismo. A manera de hipótesis se propone que en las últimas décadas del siglo XIX, a pesar del predecible ocaso colonial en América, la presencia de múltiples españoles imaginarios era poderosa; estas imágenes se fortalecieron con los miedos a la asimilación cultural y el temor a la pérdida del control sobre lo cotidiano en lo público y lo privado. Desde entonces, "lo hispano", como construcción cultural en México y Puerto Rico, ha estado sujeto a las manipulaciones que los grupos de poder y movimientos de opinión han propuesto como solución a la hegemonía de los Estados Unidos en la región. Las formas en que se definen la independencia, la anexión, la subordinación o insubordinación a los intereses norteamericanos como consecuencias, pero también como estrategias, de caribeños y mexicanos, se filtran a través de esta lente.

ABSTRACT

The armed intervention of the United States in the Caribbean in 1898 has obliged many intellectuals to question the images of the "Spanish" in Latin America. This article is concerned with looking into the needs and the worries of the culture-makers of the end of the century, interested in sustaining a past that would legitimize the existence and survival of separate entities in the face of the cultural colonization process that imperialism represented. We suggest that during the last decades of the nineteenth century, despite the foreseeable decline of the Colonial regime in America, the presence of multiple "imaginary" Spaniards was extremely powerful. These images were strengthened due to the fear of cultural

assimilation and of the loss of control over day to day living both in the public and private spheres. Since then, "the Hispanic" as a cultural construction in Mexico and Puerto Rico has been subject to manipulations by the groups in power, and to the shifts in opinion that have been proposed as solutions to the United States hegemony in the region. The forms in which independence, annexation, subordination or insubordination of North American interests are defined, as consequences but also as strategies by Caribbeans and Mexicans, are filtered through this lens.

I. IDENTIDADES SOLAPADAS

La intervención armada de los Estados Unidos en el Caribe obligó a que muchos intelectuales cuestionaran las imágenes acerca de lo "español" en América Latina. La crisis geopolítica que provocó la guerra entre España, Cuba y los Estados Unidos se deslizó a las formas contradictorias e híbridas de representar las identidades nacionales. El trance tocó la fibra de los imaginarios en los cuales se creía bien contenida la "nación" como comunidad política y cultural indiscutible.¹ La iconografía, tanto como los distintos géneros de la literatura en 1898 y después de ese año, abordaron con asiduidad los distintos papeles que España desempeñó en la construcción de un ideario nacional. En México y Puerto Rico, de una u otra manera la postura que se asumió frente a la guerra y a los Estados Unidos estuvo subordinada a supuestos encontrados sobre la "herencia hispánica". Es decir, los custodios designados o autoproclamados de la cultura latinoamericana del siglo XIX definieron lo heredado de la península y lo hicieron coincidir muchas veces con los compromisos a que los obligaba la guerra o con el desenlace de la misma. Las comunidades hispanoparlantes, presionadas por el avance de la lógica imperialista en los Estados Unidos, intentaban diferenciarse a sí mismas del imperio "progresista" que les amenazaba. Al hacerlo, cincelaban una imagen de "lo hispánico" que trasciende hasta nuestros días en celebraciones pomposas como el pasado centenario del descubrimiento.

El objeto de este ensayo, que es precisamente el estudio de las formas que tomó el rescate de la presencia española en Puerto Rico y México, responde al deseo de profundizar en las necesidades y preocupaciones de los hacedores de cultura del fin de siglo. Los protagonistas de ese

¹ Anderson (1997).

proceso, como Salvador Brau en Puerto Rico y Vicente Riva Palacio en México,² intentaban garantizar un control sobre los medios cotidianos para sostener un pasado que legitimara la existencia y supervivencia de entidades separadas frente al proceso de colonización cultural que representaba el imperialismo de fin y principio de siglo. Proceso recíproco en la medida en que los países menos privilegiados de América veían en los Estados Unidos un ejemplo a emular.

Por otra parte, el interés en contrastar las imágenes de dos contextos aparentemente distantes surge de situaciones presentes. En primer lugar, la mayor parte de los iconos "hispánicos" no sólo se manejaron antes y después de la guerra, sino que persisten y dan cuenta de su existencia en los debates más actuales sobre identidades inconclusas. En los estados que conforman la América "Latina"³ se traduce el hispanismo en ritos de la memoria, entre otros. Algunos rituales, como el "Día de la Raza", observado tanto en Puerto Rico como en México todos los 12 de octubre, privilegian la "hispanidad" como columna de la diferencia étnica y racial con los vecinos del norte. En segundo lugar, los procesos de construcción de las identidades no se limitan al Estado-nación, sino que logran en muchas ocasiones superar las fronteras de éstos en la forma de un discurso de afinidad. Las características "afines" se proyectan sobre grupos geográficos y humanos mucho más amplios que los que detalla el aparato administrativo de un país, expresándose en solidaridades ficticias y reales, en lo económico y en lo cultural.⁴ ¿Cómo explicar estas solidaridades entre los países sino entendiendo el proceso no fronterizo de conformación de identidades?⁵

² El general Riva Palacio fue ministro del gobierno de Porfirio Díaz en España de 1886 a 1896. Durante su estancia se relacionó con los grupos "cultos" de Madrid, llegando a presidir el Círculo de Bellas Artes en 1893 y a sostener relaciones con la élite política, a la sazón encabezada por Práxedes Mateo Sagasta y Antonio Cánovas del Castillo. Otros mexicanos, como delegados de la dictadura de Díaz, llegaron a la dirección del Ateneo de Madrid. Rosenzweig (1994, 167-170).

³ En su historia novelada, *Noticias del Imperio*, el escritor mexicano Fernando del Paso ha sugerido un origen de la idea "nación latina". De acuerdo con el novelista e investigador, el concepto fue empleado por Napoleón III para designar a las colonias emancipadas de España, a la península y a Francia. El flamante emperador llamaba "latina" a las regiones que él deseaba dominar y para trazar las fronteras de influencia con Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos. Los imperios, en ese sentido, han colaborado directa e indirectamente en la conformación de los lenguajes y la geografía de las identidades. Véase Fernando del Paso (1994) y Gaztambide Géigel (1996, 81).

⁴ Al respecto véase Anderson (1997).

⁵ La reciente guerra de Irak contra los Estados Unidos es un ejemplo de ello. Los palestinos se identificaron ampliamente con la causa irakí a lo largo del conflicto. ¿Qué

Aunque no dejan de inquietar los gustos y disgustos compartidos en el caso de América Latina, sería ciertamente prematuro y arriesgado contestar a una pregunta de tales dimensiones sin caer en un vago metarrelato. Pero tomemos por ejemplo al extraordinario editorialista mexicano Daniel Cabrera. En septiembre de 1898 expresaba en el periódico de tendencia anarquista *El Hijo del Ahuizote* que el mismo mal lo padecían el Caribe y México: el águila negra del colonialismo español; inmediatamente proponía una "América para los americanos".⁶ Sin embargo, el mismo periódico identificaba constantemente el peligro colonial anglosajón y la necesidad de la unión de las antiguas colonias hispanas. En ese sentido, para Cabrera no era nociva la herencia ibérica, que es en última instancia la que le da cohesión a su propuesta, sino el coloniaje de los españoles a quienes llama intermediarios. Dependiendo de la lectura que hagamos de *El Hijo del Ahuizote*, son evidentes las coincidencias de la postura de Cabrera sobre los intermediarios con los imaginarios de Ramón Emeterio Betances, de Luis Muñoz Rivera o de Salvador Brau, relativa a la dicotomía que se construye entre España y los españoles residentes en América. Podríamos finalmente lanzar interrogantes en dos direcciones: ¿hasta qué punto el hecho de que Puerto Rico no alcanzara su independencia lo separa culturalmente del resto de las antiguas colonias españolas?, y ¿acaso no será más significativa la similitud resultante de la influencia que ejerce en el imaginario nacional la presión de los Estados Unidos sobre México y Puerto Rico, que la diferencia que plantea la no obtención de un estatuto soberano? En consecuencia, comparar, diría Marc Bloch, allana el camino que va de "la diversidad de los hechos humanos a la unidad de las conciencias".⁷ Aún más, ayuda a romper con la más pesada sentencia de la historiografía del siglo XIX: "el marco de las fronteras políticas como definición de unidades naturales de análisis".⁸ Tal vez la comparación nos ayude a entender procesos decenas de veces solapados, como los que corresponden a la configuración de las identidades. Ello desde la diferencia y desde la simultaneidad.

une, por ejemplo, a un chiapaneco del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) con un "internacionalista" que acude en su ayuda desde España?

⁶ "Dos golpes de muerte al ave negra de España", *El Hijo del Ahuizote*, 18 de septiembre de 1898, primera plana. Cabe señalar que "ahuizote" es el vocablo empleado en el náhuatl actual para designar al diablo.

⁷ Bloch (1987, 112).

⁸ Cardoso y Pérez Brignoli (1986, 341).

A manera de hipótesis, este trabajo propone que en las últimas décadas del siglo XIX, a pesar del predecible ocaso colonial en América, la presencia de múltiples españoles imaginarios era poderosa. En efecto, estas imágenes sobreviven a sus autores a lo largo del siglo XX. La supervivencia ocurre gracias a que sectores dominantes⁹ de los aspectos culturales en los estados "latinos" se empeñaron en recuperar un pasado y a la vez en proyectar un futuro vinculado a España en la medida en que se pensaron continuadores de su obra en América. La imagen favorable y hasta nostálgica que persiste hasta hoy tiene filiación directa con los turbulentos sucesos de 1898. Los signos hispanos se fortalecieron con los miedos a la asimilación cultural, con el temor a la pérdida del control sobre lo cotidiano, de las maneras de hacer la vida pública y la privada, o de las estrategias de supervivencia económica. Desde entonces, la "herencia española" se independizó de su pasado y se emplea o recuerda en función de una necesaria divergencia entre los colosos "sajones" y los grupos dominantes del Caribe y México. En otras palabras, "lo hispano", como construcción cultural en ambos países, ha estado sujeto a las manipulaciones que los grupos de poder y movimientos de opinión han propuesto como solución a la hegemonía de los Estados Unidos en la región. Las formas en que se definen la independencia, la anexión, la subordinación o insubordinación a los intereses norteamericanos como consecuencias, pero también como estrategias, de caribeños y mexicanos, se filtran a través de esta lente.

Si bien para los sectores dominantes de fin de siglo la legitimación de gobiernos demasiado parecidos en su retórica institucional y del "progreso" a los Estados Unidos se revertía o estaba sujeta al legado de España, no era un ejercicio exclusivo de éstos. Cabe señalar que el prisma, que ha sido identificado por Luis Agrait como "ese tú que no era de ellos",¹⁰ fue empleado por amplios movimientos de opinión e individuos que no simpatizaban con la causa peninsular. Para un escritor como Daniel Cabrera la "herencia hispana" era determinante para distinguirse del norte y como uno de los ejes mexicanos en la escabrosa consolidación de la soberanía.¹¹ Aun en los peores momentos, Cabrera representaba a

⁹ Grupos dominantes, de poder, élites y movimientos de opinión son términos bastante elásticos en la historiografía actual. Entiéndase para los efectos de este ensayo que estos grupos son los que ostentan la dirección política de un país o que aspiran a la misma. De una u otra forma todos están ejerciendo el poder que les confiere el aparato político moderno y que muchas veces se traduce en movimientos de opinión.

¹⁰ Agrait (1998, 12).

¹¹ Véase Florescano (1996).

España como una mujer abusada por sus políticos¹² y no como responsable de los desmanes. Asimismo, algunos estadounidenses favorecieron a la "alta cultura" española en detrimento de la practicada por los sectores populares. Las prácticas híbridas de los no blancos debían ser eliminadas en favor de la americanización. El sistema educativo bajo los Estados Unidos excluiría lo desagradable de la cultura criolla. Mientras, los comportamientos cotidianos de las clases más pudientes, vinculados a los intereses o a las maneras de hacer españoles, debían ser respetados. De acuerdo con Fernando Picó, para un militar como Francis W. Mansfield "la única esperanza estaba en los españoles pura sangre".¹³ Resulta aún más irónico que gracias a la influencia norteamericana, entre los años que van de 1920 a la década de 1960 proliferara en la arquitectura y en las artes un movimiento conocido como el "Spanish Revival" o Renacimiento español. Algunas muestras podemos observarlas en edificios como la Casa de España en San Juan y el Castillo Serallés en Ponce. Ambos son producto de la influencia de un movimiento cultural pro español comenzado en Miami y exacerbado en Puerto Rico.¹⁴ Por su parte, México no ignoró el "Renacimiento" y repitió los patrones desde 1920 en las fabulosas mansiones de la célebre colonia Polanco o en las Lomas de Chapultepec.¹⁵

En síntesis, las élites criollas, desde fines del siglo XIX y a lo largo del XX, desarrollan matices y conciliaciones para las contradicciones profundas en las cuales se convulsionó España. El año 1898 fue precisamente uno de esos momentos en que la península y su raza imaginada idílicamente se separaron y tomaron relevancia para los sectores dominantes en el debate del más inmediato porvenir, en la medida en que ser custodios de su obra garantizaba un ejercicio "soberano" de la política y de la cultura. Se perdía el gobierno y la presencia militar o física pero, en palabras del médico e historiador puertorriqueño Cayetano Coll y Toste, al momento de despedir las últimas tropas "quedaba en pie la altivez y el honor de la raza", tabla de salvación ante el avance, inevitable y a la vez necesario, del Tío Sam. A esta afirmación añadía que "tenemos, hoy por hoy, que defender ante la dominación sajona nuestra personalidad latina", muro de contención compuesto no por las costumbres heterogé-

¹² "Pobrecita España" (artículo y caricatura), *Frégoli*, 23 de mayo de 1898. "Frégoli" era además el seudónimo de Daniel Cabrera.

¹³ Picó (1998, 36).

¹⁴ Véase Rigau (1992 y 1993).

¹⁵ Véase Burian (1997).

neas de negros, indios, orientales y blancos, entre otros, sino por “la raza ibera” y sus manifestaciones, como el idioma de Cervantes, las costumbres de los primeros conquistadores y la religión de los reyes Fernando e Isabel.¹⁶

II. MÉXICO: ENTRE LA HISPANOFILIA Y LA HISPANOFOBIA

Sabemos los niveles a los cuales elevaron la retórica de la violencia los españoles radicados en México y sus simpatizantes mexicanos, porque los editoriales de periódicos antagónicos llamaban a la “calma, mucha calma valientes”.¹⁷ Los editores de *La Patria*, si bien entendían que aún no sanaba del todo la herida de Texas, esto no era razón para sumarse a los llamados españoles a una guerra que no prometía nada al país. El dominio que ejercía el sector “agachupinado” sobre la opinión pública y la libertad con que lograba expresarse la élite comercial, vinculada económicamente y por parentescos con los más acomodados sectores de la sociedad mexicana, no debía inclinar la balanza en favor de la violencia. A pesar de la inmensa simpatía que sentían ciertos sectores por España, reconocía *La Patria*, desequilibrar la política de neutralidad adoptada por el presidente Porfirio Díaz podía redundar en la interrupción de las relaciones mercantiles con los Estados Unidos y entorpecer el más que idolatrado y esperado progreso. Además, era en este frágil equilibrio que algunos miembros de la élite mexicana amparaban la independencia de la política alcanzada por México.

En una de las extraordinarias caricaturas de Daniel Cabrera se hacía un ingenioso llamado a la neutralidad: México, representado como el ser civilizado vestido de frac y sombrero de copa alta en el centro, sosteniendo en una mano a un maltrecho y flacucho Sagasta, primer ministro español, y en la otra al Tío Sam, azorado y con una pata de palo.¹⁸ En su pie puede leerse “seamos neutrales”, posición que Cabrera identificaba con un comportamiento “civilizado”. Y civilizado era también disfrutar de un comercio con los dos mundos. Esto exigía una actitud pragmática ante España, no obstante el reconocimiento de su presencia cultural y económica. Igualmente, debía prevalecer el pragmatismo con los vecinos del norte, sin dejarles ocupar por supuesto demasiado terreno.

¹⁶ Coll y Toste (1918, vol. VI, 31 y VIII, 44-45).

¹⁷ *La Patria de México*, 3 de mayo de 1898, primera plana.

¹⁸ “Seamos neutrales”, *Frégoli*, 23 de mayo de 1898.

Ahora, ¿con base en qué justificaban la adhesión a la “causa española” los componentes “agachupinados” del país? Cuando estalló el conflicto entre los Estados Unidos y España, la prensa española y sus aliados mexicanos concentraron sus esfuerzos en resaltar a través de sus editoriales e imágenes el carácter noble y patriótico de los españoles, su disposición a la guerra y su capacidad para ganarla.¹⁹ Aun antes de que se disparara un tiro se representaba al Tío Sam o al Departamento de Guerra del enemigo, contando sus innumerables bajas humanas. Las páginas editoriales eran un llamado exacerbado a la unidad de los peninsulares y una proclama de la inmortalidad de la península. Se exhortaba al apoyo de los mexicanos recordándoles continuamente su tronco común con los peninsulares. Un enunciado de *El Correo Español* me parece más que representativo de la propaganda hispanofílica en México:

El derecho y la justicia que asisten a España para defender con energía su integridad y su decoro, harán que los españoles todos, en la guerra inicua que provoca el Yankee, se agrupen incondicionalmente para la defensa de tan caros y sagrados intereses... El patriotismo nunca desmentido de los españoles, su altivez y bravura, harán morder el polvo que airado levante el León de Castilla [...] ¿Quién duda que el enano del tapanco será bajado por Castilla?²⁰

En esa incondicional agrupación de españoles se contemplaban los grupos de poder, que por sus actividades cotidianas parecían inspirarse en Europa, aunque en lo económico imitaran a los Estados Unidos. Además, como bien ha señalado Rafael Rojas, “la colonia española en México era próspera y atravesaba la burocracia porfiriana hasta la cima”.²¹ Por ello no es de extrañar que los editores de *El Correo Español*, de *El Tiempo*, *La Patria de México* o *El Nacional* entendieran que el mexicano se debía por naturaleza a la parte española, pues era ésta de quien había heredado su condición europea.

De hecho, desde 1892 venía celebrándose el “día de la raza”, fortaleciéndose así la idea de la deuda contraída por México con la civilización española. El centenario que se cumplió en 1892, al igual que en Puerto Rico, se celebró con la inauguración de un busto a Colón y un sinnúmero

¹⁹ Véase la ilustración núm. 1, “Vamos sumando: esto más que un libro de guerra va a parecer un libro de panteones”, *El Correo Español*, 13 de julio de 1898, primera plana.

²⁰ *El Correo Español*, 1 de mayo de 1898.

²¹ Rojas (1996, 785).

de galas a lo largo del país. Un decreto presidencial había proclamado el 12 de octubre fiesta nacional y se enviaron múltiples delegaciones a la península para festejar los 400 años del descubrimiento de América. El ministro de Justicia y Educación Pública señaló que la conmemoración no era sino una celebración de la “fecundidad americana, descubierta y valorada” por las huestes españolas desde el siglo xvi.²² La obligación con España distinguía a los mexicanos con precisión de los *yankees*. En la dicotomía en donde el hispano representaba el honor y la civilización, el *yankee*, por ser el otro, el enemigo, se representaba como un “bárbaro”, un “pirata”, como el “bruto” que “disfraza su ambición con la careta del humanitarismo”.²³ No podía sino esperarse que los “tuxtepecanos”, como llamaba Daniel Cabrera a los hispanófilos, se aliaran en la guerra perversa que iniciaba el Tío Sam.

El imaginado derecho y justicia natural que acompañaba a España en este conflicto “inicuo”, acompañaría asimismo a todo aquel que resultase ser su digno representante. Entre éstos resultaron ser dignos los miembros de las juntas patrióticas que se organizaron con el fin de recabar y enviar apoyo a la contrainsurgencia en Cuba y auxilio a las tropas peninsulares que librarían la batalla contra los estadounidenses.²⁴ Desde junio de 1896 enviaban pertrechos a Cuba sin oposición del gobierno, como ocurrió, por ejemplo, con un contingente armado y más de 200 mulas.²⁵ La colonia española y los sectores agachupinados daban por sentado que tanto los norteamericanos como los cubanos peleaban “para apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño”. La Historia, representada en el *Correo Español* como mujer y espada de la justicia, le daba la razón a un sector que se imaginaba pelear como “caballero por causas nobles”. Esta misma Historia negaba la entrada a la sala de los inmortales a un desgarrado Tío Sam y a un negro pordiosero en representación de la insurgencia cubana.²⁶

Otro digno representante de la causa española era, como ya señalé, el presidente Porfirio Díaz, aferrado al poder de México durante las últimas

²² Rodríguez (1994, 131-132).

²³ *El Correo Español*, 24 de julio de 1898, primera plana.

²⁴ Los directores de *El Correo Español* organizaron una junta patriótica para auxiliar a los españoles durante la guerra. La publicación dedicaba periódicamente una columna a las labores de la junta y destacaba con regocijo el apoyo material que enviaban los mexicanos.

²⁵ Rojas (1996, 791).

²⁶ Caricatura aparecida con el título “Punto final”, *El Correo Español*, 6 de agosto de 1898.

décadas. Díaz no sólo favoreció la beligerancia española contra los Estados Unidos, sino que en más de una ocasión acarició la idea de la anexión de Cuba como solución final al conflicto.²⁷ Esta anexión se justificaba con base en ese tronco común “hispanico” entre México y Cuba, a lo que subyacía por supuesto el acceso a su mercado. El historiador Enrique Florescano ha señalado que la dictadura porfirista hizo un extraordinario esfuerzo por reforzar una identidad mexicana conciliatoria. En ella, lo “hispanico” se comenzó a incluir como parte esencial del carácter y la personalidad cívica de la república. La historia patria era el eje del sistema educativo y por lo tanto un vehículo eficaz para la difusión de cualquier valor que tuviera que ver con ese “español imaginado”. Así, “la recuperación del pasado, al convertirse en el centro privilegiado de la identidad nacional, contaminó las demás actividades que lo representaban e imaginaban”.²⁸

Porfirio Díaz, firme patrocinador de los lazos con la península, logró con esta y otras acciones la inclinación de la balanza inmateral en favor de los españoles y en contra de los Estados Unidos.²⁹ Dan fe de ello las imágenes y las columnas que sobre la guerra publicaba el semanario *El Mundo Ilustrado*, ampliamente subsidiado por el gobierno “tuxtepecano”. Los artículos sobre las tropas enemigas y las representaciones gráficas oponían el comportamiento de los *yankees* al de los españoles. Mientras los primeros manifestaban alborozo y hasta irreverencia, los segundos hacían alarde de su honor y de la fe. La litografía “Dios proteja sus armas y sus vidas” y el artículo que le acompaña, narran la solemnidad de las tropas españolas en el conflicto; éstas aparecen de rodillas frente al altar de una iglesia, con la circunspección del caso reflejada en sus rostros. El relato visual es un recordatorio de los puntos comunes frente a los acontecimientos recientes: Dios y el honor. Contrasta con esta formalidad la actitud más despreocupada del sajón. El estereotipado comportamiento se le había endilgado al *yankee* desde la guerra de los años cuarenta contra México, cuando la prensa los catalogó de insolentes, bruscos, inmundos y más ofensivos que “una polichinela”.³⁰ A ello se sumó la persistente imagen del vecino oportunista, el que aprovecharía cualquier desavenencia interna para quedarse con la casa. En suma, las

²⁷ Rojas (1996, 790-791).

²⁸ Florescano (1996, 450).

²⁹ Véase Rosenzweig (1994) y Rama (1982).

³⁰ Suárez Argüello (1994, 78).

“ahuizotadas”³¹ de Daniel Cabrera no fueron suficientes para contener el españolismo de Porfirio Díaz. El presidente integró a la España honorable y excluyó al peligroso anglosajón del panteón de su “nación imaginada”.

La crónica del conflicto de 1898 desarrollada por *El Correo Español* a partir de mayo, finaliza con la guerra en agosto. Sus últimas imágenes fueron marcadas por el dramatismo de la rápida derrota de los españoles a manos del ejército expedicionario de los Estados Unidos. Varios grabados acompañan la profunda decepción de la colonia española en México. Sobresale uno basado en la reina regente y el príncipe heredero, Alfonso XIII, por quienes las élites reunidas en el Casino Español de México acostumbraban organizar grandes festejos. En ese 14 de agosto³² el elaborado fotograbado contenía la siguiente leyenda, en donde se manifestaba a la vez un dejo de impotencia y el orgullo herido de la raza: *Entre el negro caos que nos rodea; entre esa turba de politicastros a quienes tendrá tanto que exigir la patria cuando suene la hora tremenda de las responsabilidades, se destacan blancas, purísimas, las dos figuras de nuestros soberanos.*

Con esta metáfora los editores de *El Correo* construían una imagen de una España idílica, encarnada en las impecables figuras de sus soberanos. Mal representada por una turba de politicastros, la humillación encontraba el desagravio en la esencia “purísima” del reino, encarnada por nada menos que un rey niño. A esos efectos se hace la distinción entre la España noble y la turba politiquera, extraña a los “sagrados y caros intereses de la Nación”, y entre los cuales domina el personaje mil veces ridiculizado de Práxedes Mateo Sagasta, entre el “mal gobierno” y la “sangre española”.

Este ejercicio de separar la paja del grano se repetía aun en las revistas hispanofóbicas. Un poema y una caricatura de *Frégoli* representaban precisamente a Sagasta como responsable de los males peninsulares: Sagasta toreando con sus calzones a un hombre-cochino vestido como el Tío Sam y una gran moneda de oro en sus manos. El poema, por omisión, transfiere la culpa al individuo que torea, no a un pueblo honorable: “para torear un cochino hay que sacarle cien vueltas, irse por otro camino y tener las piernas sueltas”.³³ Así, al ridículo y a la improvisación de los

³¹ Daniel Cabrera utilizaba el término por diablada.

³² *El Correo Español*, 14 de agosto de 1898.

³³ “Cómo cambian los tiempos”, *Frégoli*, 23 de mayo de 1898.

ministros españoles, Daniel Cabrera oponía la ambición de los Estados Unidos y la pena mal disimulada por España.

La imagen recurrente del culpable en la construcción de lo hispánico resurgía con fuerza en los últimos momentos del imperio en el Caribe. Los números que siguieron a la publicación del retrato de los reyes estuvieron ilustrados por caricaturas exigiendo, precisamente, “la hora de la venganza”, no contra la potencia que le arrancaba a Cuba y a Puerto Rico de sus manos, sino como castigo de los causantes peninsulares por la pérdida de los territorios. Éstos merecían la horca como destino, pues eran los promotores del caos en la península y del “caos que nos rodea”. En una palabra, dejaban a la América Latina sin la cercanía y la protección de la “madre patria”, a merced de los Estados Unidos.³⁴ “¿Avanzará la nube?”,³⁵ se preguntaban los “agachupinados” el 20 de agosto del 98, una vez firmada la paz. Éstos dejaban en claro que debía articularse en México, usufructuario de lo español, un frente contra la avanzada estadounidense. México debía constituirse en frente hispanista que detuviera el avance del recién llegado imperio sajón. De esta manera las élites tuxtepecanas, adictas a Porfirio Díaz y a España, unieron la suerte del “alma de la raza ibera” a la de la soberanía mexicana. Irónicamente, era con el lápiz de la élite pro española, más que con el de los hispanóforos más obcecados, con el que se dibujaban los bocetos del “imperialismo yankee” y sus peligros filibusteros.

III. PUERTO RICO: ENTRE EL SENTIMIENTO PATRIÓTICO Y LA UTILIDAD MERCANTIL

La concesión de la Carta Autonómica a Puerto Rico y su puesta en escena en los primeros meses de 1898 no fueron suficientes para evitar la invasión estadounidense a la isla. El conflicto estalló en abril y las tropas norteamericanas marcharon sobre San Juan en los últimos días del mes de julio y los primeros del mes de agosto. Tras una fulminante victoria, con impresionante ahorro de medios, en la coyuntura fugaz pero “espléndida” de la desaparición de la hegemonía española en Puerto Rico, cuán diferentes eran las representaciones de lo hispánico. Las élites isleñas, de la misma forma que en México, definieron ese “tú que no era

³⁴ *El Correo Español*, 28 de agosto de 1898.

³⁵ *El Correo Español*, 20 de agosto de 1898.

de ellos" pero que, en efecto, tampoco era de los españoles.³⁶ Ello constituía un ejercicio simbólico en función de la guerra pero que se pierde a lo largo del siglo xx. Luego de la "guerra de liberación", que rápidamente se tradujo en conquista, la construcción de lo hispánico giró en torno a la diferenciación con los "sajones", sin que esto implicara un desafío al nuevo dominio.

Sabemos de las expresiones en favor de España a través de periódicos como *La Bruja*. Los editores del órgano se quejaban ante la imprevista aparición de un hervidero de poetas que en su afán de demostrar fidelidad excedían los moldes del "patriotismo" español. En un tono irónico que presagiaba una postura más que escéptica ante las capacidades españolas para ganar, *La Bruja* señalaba que por dondequiera surgía un "poetuco cantando a la guerra, a España y al sable de su papá". De la misma forma que en México, criollos y peninsulares no vacilaron en ofrecerse para pelear hasta el último hálito del espíritu con tal de abatir la osadía del *yankee*.³⁷ Para Coll y Toste el "patriotismo nunca desmentido", la "bravura y la altivez" de los "españoles criollos" quedaron demostrados en la toma de Coamo. Para el médico historiador, el joven Ramón Suárez salvó la bandera o insignia "nacional" en medio de un combate contra las tropas estadounidenses, despreciando su vida, por lo que éste se elevaba al rango de intrépido y digno representante de la honra ibera. En Guayama, las mujeres del pueblo se convirtieron en heroínas y custodias del alma latina al demostrar su estirpe recogiendo, no por razones humanitarias sino por heroicidad española, al joven guerrillero Masó de en medio de una escaramuza. En el decir de Coll y Toste, tuvimos "capitanes bizarros", "valerosos jefes", "heroicas mujeres" e "intrépidos reclutas".³⁸ Admirable para el médico fue la actitud de la voluntaria de la Cruz Roja María Sabalier. En medio del bombardeo de Sampson a la ciudad de San Juan el 12 de mayo de 1898, Sabalier salió del hospital en donde laboraba, y "al mismo tiempo que pasaba frente a la plazuelilla de la Casa Parroquial [vio] reventar a pocos pasos de ella una bomba, y seguir la valiente criolla en demanda de agua sin amilanarse".³⁹ El médico historiador contrarrestaba con este y otros argumentos las acusaciones de servilismo lanzadas por la oficialidad

³⁶ Véase Agrait (1998).

³⁷ Citado en Picó (1987, 44).

³⁸ Coll y Toste (1918, vol. VI, 24).

³⁹ Coll y Toste (1985, 52).

española. Planteaba que si bien algunos colaboraron con las tropas invasoras, los únicos destacados del lado de España eran “hijos del país”.

Sin embargo, el “morir antes que retroceder” no se consumó. Prevalcieron las retiradas y los repliegues tácticos. Incluso, hubo un tal coronel Puig que huyó del general Guy V. Henry hacia Utuado y Arecibo en vez de combatirlo. Puig se detuvo frente al mar y “avergonzado por su derrota y pundoroso detrás de la caseta de náufragos, se levantó la tapa de los sesos de un pistoletazo”.⁴⁰ El revés moral de individuos como Puig se debía, según el capitán Julio Cervera, a que los puertorriqueños no fueron de ayuda a las tropas españolas. Todo lo contrario, auxiliaron como guías y se mostraron serviles e ingratos con los peninsulares, “en 24 horas, el pueblo de Puerto Rico pasó de ser ferviente español a entusiasta americano”.⁴¹ Así, Cervera encontraba a quién transferir las responsabilidades, a pesar de estar consciente de que la guerra estaba perdida antes de detonar ningún cartucho, y de paso salvar el honor.

Sí, hubo violencia más allá de la que generó la vergüenza (en palabras de un contemporáneo). Pero no fue tal y como la idearon los militares españoles pues el pueblo no se levantó masivamente contra la ocupación y sectores de las élites criollas colaboraron con los norteamericanos. La ira la encarnaron, en cambio, partidas de guerrilleros o “tiznados” (llamados así porque se pintaban las caras con tizne o porque quemaban las propiedades de sus antiguos opresores). Estos tiznados aprovecharon el vacío de poder que provocó la intervención y enfilaron sus cañones contra las élites españolas y criollas. El tizne de las partidas, compuestas en gran medida por grupos de campesinos, asoló decenas de propiedades de españoles y criollos. Una de las tiznadas, o arreglo de cuentas más célebre, ocurrió en Ponce, en donde luego de amenazar a un peninsular, dueño de una tienda, tiraron toda la mercancía a la calle y prendieron fuego a las propiedades del “mojado”. Irónicamente, fueron las tropas norteamericanas las que salieron al encuentro de estos grupos. Para su sorpresa, el gentío que se arremolinó alrededor de las casas vandalizadas no ayudó a apagar el incendio. Al contrario, con espíritu festivo se dieron un buen baño con el agua destinada a aplacar ánimos y temperaturas.⁴²

¿A qué se debía esta aparente sumisión ante los norteamericanos, este comportamiento paradójico de muchos puertorriqueños o peninsulares

⁴⁰ Coll y Toste (1918, vol. VI, 23).

⁴¹ Citado en Álvarez Curbelo (1997, 793).

⁴² Picó (1987, 97).

ante la intervención? ¿Cómo es posible que un día ofrezcan sus “almas y sus vidas por Dios y por España”, y unos meses después colaboren con los estadounidenses? ¿Podríamos despachar a los habitantes de Puerto Rico, como algunos desilusionados capitanes españoles hicieron, como “camaleones”, como traidores? No, la realidad es mucho más compleja. El año de 1898 permitió aflorar con fuerza las imágenes que sobre lo hispano, criollos y peninsulares venían construyendo en esta “patria chica”.

En primer lugar, una extraordinaria metáfora de Cayetano Coll y Toste, uno de los más influyentes historiadores del siglo xx, puede aclararnos mucho el conjunto simbólico que definía la pérdida:

Era el postrer adiós a la querida bandera de nuestros padres y de nuestros abuelos. Fue cruel con nosotros; inconscientemente nos flagelaban el rostro con ella, muchas veces manejada por manos injustas y profanada por manos retrógradas; y a pesar de todo la amábamos. El hombre en su desgracia llega a querer lo amargo a fuerza de estarlo tomando día tras día. Hoy, que podemos escribir sin lápiz rojo ni traba alguna, lo decimos con ingenuidad: nunca hemos odiado a España; pero sí a muerte a sus malos gobiernos coloniales, y a su injusto Ministerio de Ultramar cuando tenía por norma fija e invariable un embozado despotismo y unos crueles y draconianos decretos y reales órdenes contra el derecho colonial de los hijos de las Antillas.⁴³

En esta potente imagen de la despedida se destaca que son los límites del modelo colonial español en Puerto Rico lo que llegó a ser detestado. No era la abstracta idea de la nación española lo que los puertorriqueños, que se consideraban a sí mismos como sus “hijos” antillanos, rechazaban. Con estas palabras, los autoproclamados custodios de lo español en el Caribe proponían que la tiranía de los intermediarios era la causa de la derrota, no el “airado león de Castilla”. Acaso para éstos, evidencia del actuar retrógrado era la profunda crisis por la cual atravesaba el azúcar y la economía de la Antilla menor desde 1887. Estos mediadores negaban, de acuerdo con el relato criollo, las posibilidades del progreso, que inevitablemente iba en pos de una estrecha relación comercial con nuestros vecinos del norte. A la vez impugnaban la modernización que exigía el abandono de los clientelismos políticos. Como ha señalado la historiadora contemporánea Astrid Cubano, el fin del colonialismo español no

⁴³ Coll y Toste (1918, vol. VI, 31).

se debía únicamente a causas externas. El modelo colonial estaba agotado mientras los estadounidenses, paradigma del progreso y la modernización, se hallaban ya en el horizonte.⁴⁴ Es cierto que se había otorgado la Carta Autonómica unos meses antes del estallido de la guerra, pero fue tarde. Imaginaba Coll y Toste que “la madre histórica del país hacía al fin justicia” con ello, pero que los criollos, cansados de la “obra de los reaccionarios y los malos gobiernos” que engañaban a la nación sobre la condición leal de la humilde isla, habían decidido no inmiscuirse en el conflicto.⁴⁵ Con el cansancio a cuestas, señalaba el artillero Ángel Rivero, “a qué pelear si los de Madrid no nos quieren”, y en cambio los norteamericanos prometían la modernidad.⁴⁶

Pero, ¿era contradictoria esta asimilación económica a los Estados Unidos y a la vez la lealtad a España? No, porque en segundo lugar se había construido un relato desde principios de la década de 1890 en donde “utilidad mercantil” y “sentimiento patriótico” no eran categorías excluyentes.⁴⁷ Al contrario, eran dos factores heredados de los antepasados españoles, sabiamente empleados en pos del progreso y la civilización del “terruño”. El responsable de este relato fue Salvador Brau, el más reputado historiador del siglo xx. Brau construía esta historia para justificar la apertura de las relaciones comerciales, por un lado, y por otro, la obtención de una ciudadanía española de primera clase. Para el historiador y periodista, la “penuria del terrateniente” era igual a la penuria de la isla. El comercio exterior, concedido con la Cédula de Gracia de 1815, había logrado el alivio de ambos y disparado el proyecto civilizador español, sembrado en 1508 pero mal atendido durante tres centurias. El hecho de que en Puerto Rico jamás se desencadenara una guerra “fratricida”, como la que libraba Cuba contra España, era evidencia contundente de la compatibilidad de ambos.

Los puertorriqueños, para Brau, habían dado muestras de su fidelidad y de su definitiva naturaleza: pragmáticos pero siempre españoles. La esencia de la nacionalidad, por supuesto hidalga como la de los primeros conquistadores, igualitaria y culta como la propuesta por las Cortes de Cádiz, y ajena a las tiranías que hacían de intermediarias entre la metrópoli y las Antillas, había quedado más que probada desde

⁴⁴ Cubano (1998, 25).

⁴⁵ Coll y Toste, 1985, 23.

⁴⁶ Véase artículo de Castro (1997, 692).

⁴⁷ Brau, “Dos factores de la colonización”, 1972, 234 (artículo publicado originalmente en 1896).

tempranas fechas. A lo largo de su historia los puertorriqueños, “prontos a contratar con extranjeros por razones de conveniencia, mostráronse siempre bravíos para rechazar las huestes de toda nacionalidad que con propósitos invasores profanaran el suelo sagrado de la Patria”.⁴⁸ El progreso, que se ponía en evidencia al comparar el desarrollo de la isla con su realidad previa a 1815, estribaba en la modernización en todos los niveles: en el comercio y en la industria, en el ciudadano y en las formas de gobierno. España no podía dar la espalda a esta “verdad histórica”, y no tenía tampoco que preocuparse porque los criollos eran los más dignos custodios de la “herencia” hispánica. Éstos no permitirían que las relaciones con los Estados Unidos de América se tradujeran en una asimilación. Si algo se asimilaba no sería el idioma, la religión o la cultura cotidiana, sino los principios más abstractos y modernos de la “ciudadanía”, la “civilización” y el “progreso”, que permean en las ideas de Brau toda frontera cultural y geográfica.

En este contexto los significantes de la invasión eran complejos. Por un lado, creyente en las teorías darwinistas, Brau visualizó como inevitable la ocupación estadounidense: el pez grande y fuerte se come al chico y vacilante. Por otro, no era el fin sino parte de la experiencia de ese pueblo sin rostro que Brau entiende muy español. Así argumentaba en 1901:

Somos —y lo seremos por mucho tiempo— un pueblo en formación con la agravante de los nuevos métodos políticos sociales que nos han impuesto los arcanos de lo imprevisto, y no hay que pensar en rechazarlos en absoluto, porque no puede el hombre sobreponerse a las leyes fundamentales de la vida universal siéndole forzoso acomodarse a ellas filosóficamente, buscando en su adaptación fórmulas ingeniosas que ofrezcan nuevas garantías a la lucha por la vital existencia.⁴⁹

Esa adaptación filosófica a las nuevas realidades del dominio estadounidense no debía renegar de la semilla que sembró la nación, con esos hombres temerarios, rudos y sublimes, los que con la arcilla de la isla moldearon la “patria chica”. Lo contrario era degenerar en un híbrido mendicante. La “sagrada nacionalidad” se mantendría incólume gracias al esfuerzo tenaz de las nuevas generaciones y por la naturaleza misma del puertorriqueño que sabría, por pragmatismo heredado, aprovechar

⁴⁸ Brau, “Dos factores de la colonización”, 1972 [1896], 233.

⁴⁹ Brau, “En honor de la prensa”, 1972, 262 (artículo publicado originalmente en 1901).

las circunstancias. Además, la esperanza de que lo español no pereciera a causa del desplazamiento de una raza por otra, dependería de podar eficazmente “el inútil follaje del viejo frutal” e inyectarle “nueva savia en sus venas”, de extirpar el recuerdo del mal gobierno y hacer prevalecer el hispanismo frente a los norteamericanos. Nuestra identidad se anclaba en el alma, y el porvenir dependía de no rechazar los sentimientos de su memoria forjada en la fragua ibera. Aclara nuestro interlocutor que debemos proceder con cautela en la operación, “no sea que el árbol se esterilice o extinga”⁵⁰ frente al extranjero. Extranjero que en el siglo XIX, y gracias a las intensas relaciones de mercado que con él se sostenían desde fines del XVIII y a la invasión de 1898, dejaba de ser extraño.⁵¹

La solución de estos representantes de las élites puertorriqueñas ante el nuevo dominador era permitir que se adoptaran las instituciones que representaban el progreso y la civilidad en el norte. Asimismo, que tocásemos en el compás de sus mercados regidos por una prevista razón. Pero, a la vez, teníamos que fortalecer el árbol hispano podándolo y alimentándolo. A fin de cuentas, la esencia de “nuestra personalidad cívica” se encontraba en España y podía estudiarse en los documentos que custodiaba el Archivo General de Indias.⁵² En ese sentido, la verdad de esta esencia sólo era transmisible y comprensible en castellano, como en antaño la verdad de la Iglesia se había transmitido universalmente en latín.⁵³ Renunciar a la personalidad implicaba renunciar a la dirección que las naciones imponían a sus conciudadanos, optar por la improvisación y el absurdo. Por ello Brau respiraba aliviado en 1907, cuando creyó un logro que “el culto a esos recuerdos que entrañan nuestro linaje social” contara entonces con “innumerables adeptos”.⁵⁴ Pensaba el historiador que la construcción del sujeto hispánico había pasado la prueba de los primeros años. Con ello se especulaba que también el país pasaba el examen, al evitar la hibridez que tanto exaspera a los gobernantes de hoy. Se había cumplido, pero sólo imaginariamente, lo que en alguna manera representaba un presagio de Coll y Toste ante la entrega del Palacio de Santa Catalina, símbolo del dominio español, a manos norteeñas:

⁵⁰ Brau, “En honor de la prensa” 1972 [1901], 263.

⁵¹ Véase al respecto Gervasio García (1997).

⁵² Brau señalaba que la historia de Puerto Rico no podía ser escrita hasta que se escudriñara a fondo la “verdad histórica guardada bajo aquellas bóvedas de la Lonja Sevillana” (“Puerto Rico en Sevilla”, 1972 [1896], 194).

⁵³ Al respecto véase Anderson (1997, 30-39).

⁵⁴ Brau (1969, 15).

Si la cabeza me explicaba a satisfacción el suceso trágico que presenciaba; el corazón empero estaba triste. Tuvimos que esforzarnos para sonreír con todos nuestros huéspedes y no comunicar a las personas que estaban en casa los sentimientos de nuestro corazón latino que se rebelaba contra nuestra cabeza sajona.⁵⁵

En suma, España, la idea, quedaba a salvo. El desagravio que la Carta Autonómica del 1898 representaba justo antes de la invasión era muestra de esa capacidad de regeneración nacional y del espíritu hispánico que las élites criollas liberales imaginaban posible en su impasible y huérfana espera.

JORGE L. LIZARDI POLLOCK
E-mail: pollock5@isla.net

FUENTES CONSULTADAS

PERIÓDICOS

El Correo Español
El Hijo del Ahuizote
El Mundo Ilustrado
El Tiempo Ilustrado
Frégoli
La Patria de México

LIBROS Y REVISTAS

- Agrait, Luis
1998 *Puerto Rico en el entresiglos: las metrópolis en dos tiempos*, ensayo inédito.
Álvarez Curbelo, Silvia
1997 "Despedidas", *Revista de Indias*, vol. LVII, núm. 211.
Anderson, Benedict
1997 *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, 2a. ed., trad. de Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica.

⁵⁵ Coll y Toste (1918, 26) y Cubano (1997, 653).

Bloch, Marc

- 1987 *Introducción a la historia*, trad. de Pablo González Casanova, 13a. impresión, México, Fondo de Cultura Económica.

Brau, Salvador

- 1972 *Ensayos (disquisiciones sociológicas)*, Río Piedras, Edil.
1969 *La colonización de Puerto Rico: desde el descubrimiento de la Isla hasta la reversión a la Corona española de los privilegios de Colón*, 4a. ed., comentada y anotada por Isabel Gutiérrez del Arroyo, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña.

Burian, Edward R. (ed.)

- 1997 *Modernity and the architecture of Mexico*, Austin, University of Texas Press.

Cardoso, Ciro F. S. y H. Pérez Brignoli

- 1986 *Los métodos de la historia*, Barcelona, Crítica.

Castro, María de los Ángeles

- 1997 "¿A qué pelear si los de Madrid no nos quieren? Una versión criolla de la guerra del 98 en Puerto Rico", *Revista de Indias*, vol. LVII, núm. 211.

Coll y Toste, Cayetano

- 1918 *Boletín Histórico de Puerto Rico*, San Juan, 12 vols.
1985 *La invasión americana en Puerto Rico*, 2a. ed., San Juan, Isabel Coll y Cuchí.

Cubano Iguina, Astrid

- 1997 "Criollos ante el 98: la cambiante imagen del dominio español durante su crisis y caída en Puerto Rico, 1889-1899", *Revista de Indias*, vol. LVII, núm. 211.
1998 "1898: la crisis del colonialismo español en Puerto Rico", *Diálogo*, marzo.

Florescano, Enrique

- 1996 *Etnia, Estado y nación: ensayo sobre las identidades colectivas en México*, México, Aguilar.

García, Gervasio L.

- 1997 "Strangers in Paradise: Puerto Rico en la correspondencia de los cónsules norteamericanos (1869-1900)", *Revista del Centro de Investigaciones Históricas*, núm. 9, edición extraordinaria, *El Caribe entre Imperios* (Coloquio de Princeton), pp. 27-56.

Gaztambide Géigel, Antonio

- 1996 "La invención del Caribe en el siglo XX. Las definiciones del Caribe como problema histórico y metodológico", *Revista Mexicana del Caribe*, año 1, núm. 1, Chetumal, pp. 74-96.

Paso, Fernando del

- 1994 *Noticias del Imperio*, Barcelona, Plaza y Janés.